



mÁRTIRES
de fundidora
-crónica de una
tragedia casi olvidada-

HD8039

.152

M6

2002

c.1

Esteban Ovalle Carreón
Serie: los comanches...41

HD8039

.J52

M16

2002

e.1



1080116358

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
Secretaría de Extensión y Cultura
Centro de Información de Historia Regional
Mártires de Fundidora (crónica de una tragedia casi
olvidada).

De: Esteban Ovalle Carreón



301281

INTRODUCCIÓN

*"Al pasar de los años he visto y comprobado,
que nadie muere por completo, mientras no sea olvidado".*

Cuando leo en la prensa, o me entero por otro medio de información, que alguien falleció al momento de estar trabajando en su empleo habitual, no puedo evitar el sentirme algo afligido, un poco más entristecido que cuando se que alguna persona murió de manera natural.

¿Por qué lo anterior? Porque todo aquel trabajador, ya sea obrero, empleado, técnico o profesionalista que laborando pierde lo más valioso para él, su propia vida, merece que se le honre y recuerde no nada más por sus seres queridos, sino por la sociedad. No se necesita profundizar en el análisis del motivo o motivos causales de estas pérdidas humanas, para comprender que estos semejantes no han de haber deseado morir desarrollando uno de los más valiosos fines que nos mantienen luchando en este -a veces ingrato- mundo, el muy necesario e imprescindible trabajo, empleo, ocupación o llamémosle como queramos.

Aquí en estos casos, no procede excusa alguna: *"¿Quién le manda? se mató por descuidado"; "¿Por qué no se fijó? ya lo ven, ahora está muerto".* Tomemos en cuenta que ese ser humano, ese semejante, como cualquiera de nosotros, está en la inminente disyuntiva como seres humanos que somos, de fallar, de cometer errores, que aparte del riesgo de dejarlo mutilado, otras veces le hacen perder la valiosa existencia.

Como dice el vulgo: "para aprender a estimar a una persona necesitas tratarla por mucho tiempo y aún así a veces no llegas a conocerla realmente"; más sin embargo, por esas inexplicables leyes naturales con las que nos vamos equipando en nuestro viaje por la vida, he llegado a desarrollar como muchos seres humanos, un amplio sentido de observación en el comportamiento de los demás.

A Esteban Ovalle Carreón, tengo de conocerlo y tratarlo pocos años, y por mi parte no me ha sido indispensable el que transcurra mucho tiempo para reconocer en él su excelente



calidad como ser humano, tanto como buen hijo, buen padre, gran esposo, pero sobre todo como un excelente amigo y compañero.

En lo referente al trabajo literario que ahora nos presenta, no tengo más que admirar su tenacidad, paciencia y valor para la recopilación de muchos de los datos aquí presentados. Realmente, a veces es doloroso el escribir sobre algo que quisiéramos ocultar en un rincón olvidado de nuestra memoria, mas no olvidar a sus protagonistas, sino por el hecho en sí.

Pero la labor de un historiador es consignar lo que investiga, estudia y observa, con la mayor objetividad posible, con el muy legítimo derecho de trascender y plasmar por escrito lo que la falible memoria puede extraviar. En la gran empresa que fue "Fundidora Monterrey", convergían a diario tantos intereses humanos; unos, los más, por ganar y llevar el producto de su esfuerzo y trabajo para sustento de sus seres queridos, otros, los menos, por mantener la producción y el prestigio de tan importante empresa en el ámbito nacional y mundial.

Si hay alguien con la verdadera capacidad y conocimientos para consignar gran parte del historial de "La Maestranza", ese es nuestro compañero y amigo Esteban, quien no desconoce las vicisitudes del desarrollo, acontecimientos y actividad laboral en la extinta Fundidora, ya que trabajó por más de tres décadas en la entonces importante empresa, cumpliendo y laborando en la casi totalidad de los diversos departamentos de la planta. Y aunque son pocos los que saben reconocer y valorar el empeño de los que verdaderamente invierten gran parte de su tiempo y el de su familia por ponerse a escribir, pasemos por alto esto. Aunque sea modestamente, hay que seguir escribiendo, y si alguien lo sabe valorar, que bueno; si no es así, el gusto personal y placer por escribir quién nos lo quita... *Sólo la inexorable muerte.*

Una sincera felicitación a Esteban por este esfuerzo literario. Solicitándole con el debido respeto que no detenga el trajín de su pluma, de su profunda investigación y de sus valiosos recuerdos.

Oscar Ortigon

MÁRTIRES DE FUNDIDORA

(crónica de una tragedia casi olvidada)

Esteban Ovalle Carreón*

"Dieciséis destinos de hombres jóvenes o maduros, convergieron el sábado en la muerte. Una muerte colectivamente trágica". (Tribuna de Monterrey. Martes 23 de noviembre de 1971).

El sábado 20 de noviembre de 1971, Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey tenía ya 71 largos años de existencia, (fue fundada el 5 de mayo de 1900) en los cuales albergó en sus entrañas el esfuerzo, la tenacidad, el trabajo, el destino y el sustento de tantos valiosos seres humanos y sus familias.

Hacia exactamente dos meses que nuestra Ciudad Metropolitana había festejado el aniversario 375 de su fundación (20 de septiembre 1596-20 de septiembre 1971).

En las céntricas calles de la ciudad se empezaba a percibir algo de bullicio, pues se preparaba el tradicional desfile cívico-deportivo-militar para conmemorar el 61 aniversario del inicio del movimiento revolucionario, que había estallado el 20 de noviembre del año de 1910.

El astro rey empezaba a lanzar sus primeros rayos, aparentemente iba a ser un magnífico día.

En Fundidora Monterrey, una de las empresas más representativas y pujantes de la ciudad, el estado y el país, un terrible y espantoso drama estaba por suceder casi recién iniciado el turno matutino. Eran alrededor de las 6:50 horas, cuando por un ingrato e involuntario accidente, una olla con capacidad de 300 toneladas,

* Extrabajador de Fundidora y Miembro fundador del Colegio de Cronistas e Historiadores de Nuevo León, A.C.

transportando 275 toneladas de hierro fundido, había derramado aproximadamente 25 toneladas de su *ígneo caldo mortal* a una temperatura de 1,590°C frente al horno No.4 del departamento de Aceración. Esa terrible cascada de hierro fundido, *bañaba con toque de muerte* a diecisiete inocentes víctimas (la mayoría -quince- murieron en el acto).

De toda la cuadrilla solamente sobrevivió el electricista Reyes Argüelles, quien se encontraba a cierta distancia del trágico lugar.

Ese desgraciado día (día feriado), estos trabajadores (a los que llamo *Mártires Obreros*) se habían hecho presentes en su empleo, cumpliendo a carta cabal su legítimo derecho de allegarse algunos fondos extras; recursos económicos, mismos que nuestra sufrida clase trabajadora por desgracia siempre ha necesitado.

Vayan estos apuntes como un modesto homenaje a la memoria de estos queridos compañeros y a todos aquellos trabajadores que cayeron cumpliendo con su deber en los 86 años de existencia de Fundidora Monterrey

LAS VÍCTIMAS
(descansen en paz)

NOMBRE:	EDAD:
Simón Leal Escobedo	36
Aristeo Coronado Barrios	38
Rodolfo Fernández Arredondo	44
Jesús Rodríguez Cantú	25
Francisco Chávez Delgadillo	27
Rogelio Villalón Moreno	29
Luis Inocencio Rodríguez Campos	27
Jesús Dueñas Castillo	26
Bonifacio Espinosa Partida	44
Manuel González Saucedo	47
Moisés Reyna Reséndiz**	37

* Electricista.

** Operador de Grúa.

Vicente Torres Peña***	48
Bruno Reyna Palacios	28
Irineo Gaytán Hernández	23
Gilberto Francisco Mendoza Flores	28
Ing. Homero Olivares García****	26
José Santos Rodríguez Mena	25

EL PASADO INMEDIATO DE SUS VIDAS

Después de relatar en síntesis esta fatídica tragedia pasemos a lo siguiente:

¿Qué hacían? ¿Cuáles eran sus planes? ¿Cómo transcurrían las existencias de los dieciséis obreros y el ingeniero, cuyas vidas serían extinguidas por el fierro fundido?

Al menos uno de ellos nunca había trabajado en día festivo (en descanso obligatorio). Ese trágico día haría una excepción.

Otro iba a lograr la anhelada "planta" y se fue a trabajar con mucho entusiasmo. El esperado aguinaldo estaba próximo, y un compañero manifestaba sus planes. Manuel, aquel inolvidable compañero a quien cariñosamente apodábamos "El Patito", soñaba con tener su casa propia y se sentía muy seguro de adquirirla pronto. Uno más, tenía todo planeado para ir a pasear por la Calzada Madero...-"*mañana domingo*"-... Rodolfo tenía una corazonada, estaba inquieto, inseguro, con desasosiego, pero, ¿por qué?

Moisés había sido invitado para asistir a una fiesta al día siguiente, y ya tenía comprado el regalo correspondiente...

*** Mayordomo (falleció el día 21 de noviembre a las 13:45 horas).

**** Empleado de Confianza (falleció 9 días después, el lunes 29 de noviembre a las 1:30 horas).

Años atrás, antes de ingresar a Fundidora, había dicho un joven a su padre: "no quisiera trabajar en la Fundidora, le tengo miedo a esa fábrica tan grande".

Sin embargo, el impredecible destino se atravesó de manera brutal en el camino y en los planes de estos queridos e inolvidables compañeros.

Primero, se escuchó un inusual y seco estruendo metálico, el cual fue seguido por un flamazo cegador de fuego mortal, transformado en fierro fundido que caía inclemente y de manera sorpresiva sobre diecisiete inocentes víctimas.

ILUSIONES TRUNCADAS POR UN DESTINO COMÚN INGRATO Y FATAL

Hombres sencillos, cumplidos, con problemas, planes e ilusiones como todo ser humano. Mas, esta tragedia no se limitaba a las víctimas directas, pues la terrible desgracia dejaba en la cruel incertidumbre también a quince viudas, cincuenta y siete huérfanos (tres de los cuales estaban a punto de ver la luz primera) y dos nietos.

LOS HOMBRES Y SUS NOMBRES

Simón Leal Escobedo.- Tenía 36 años de edad, y 18 de trabajar en la Fundidora, gustaba de las cosas simples de la vida, le atraían las fiestas en familia, y entre sus planes estaba el asistir al cumpleaños de su cuñada, el que se celebraría con una reunión familiar al día siguiente, el domingo 21 de noviembre. También era muy dado a apadrinar chiquitines. Vivía en Ildelfonso Vázquez No. 2009, colonia Argentina con su esposa, la señora María Escamilla.

La cigüeña se negó a aterrizar varias veces en la chimenea de su hogar, pero al fin nació un niño, el que al momento de perder a su progenitor tenía un año tres meses. Otro estaba por nacer, vería la primera luz en diciembre, pero esta criatura ya no conocería a su padre ausente. Simón, como casi todos los hombres responsables, soñaba con tener casa propia. Había juntado algunos ahorritos confiaba en el esperado "aguinaldo" para completar el enganche y poder hacer un pago mayor.

Gustaba de uno de los lugares tradicionales de los obreros regiomontanos: visitar y pasear por Calzada Madero. Ahí pasaría el domingo. Pero... la tragedia ocurría el sábado.

Rodolfo Fernández Arredondo.- 44 años de edad, parecía presentir que algo grave iba a ocurrir, pues toda esa semana, al decir de su esposa, la señora María Luisa González, Rodolfo le comentó que se encontraba inquieto y no sabía por qué.

Ya antes, en la planta, en el mismo departamento donde a final de cuentas perdería la vida, había sufrido un grave accidente, a consecuencia del cual se fracturó la mano y pierna izquierda; a raíz de esto dejó de practicar su deporte favorito, el beisbol. Desde entonces se había dedicado por entero a su familia, principalmente a sus tres hijos, el mayor de los cuales tenía 13 años y el menor tres. Otro estaba por nacer. Tenía su domicilio en Aldama No. 220, Guadalupe, N.L.

Todos los domingos los llevaba a montar a caballo a un merendero que se encontraba por la carretera nacional. El domingo siguiente al día de su muerte, no pensaba ir; como era su costumbre, -"no tengo ganas de hacer nada; estoy nervioso, el domingo me quedaré en casa", le había comunicado a su hermano Rogelio.

Francisco Chávez Delgadillo.- Francisco era uno de los dos solteros del grupo de obreros que perdieron la vida. Tenía 27 años de edad y se desempeñaba como ayudante de electricista. Vivía con sus padres en la calle Jesús Urueta No. 2726 en la colonia Argentina.

Su gran amor era un viejo automóvil recientemente adquirido, en el cual solía viajar al monte domingo a domingo; arreglarlo, pintarlo y tenerlo en magnífica forma era su pasión.

Su madre, la señora María Delgadillo de Chávez, dijo que justamente el viernes diecinueve por la noche, Francisco le había comunicado su deseo de estudiar para técnico electricista en el ITESM, a fin de prepararse un poco más y poder pensar en casarse. *"Mientras -le había dicho-, ni para que tener novia, no tiene caso"*.

Luis Inocencio Rodríguez Campos.- No pudo convertir en realidad el sueño de su esposa, la señora María Esther Hernández. Tener casa propia; para ello, sin embargo, ya había tomado providencias, había comprado un terreno en el Fraccionamiento Miguel Alemán y pensaba en breve empezar a construir la anhelada casa. Mientras, vivía con sus padres, Catarino Rodríguez Sánchez y María Campos de Rodríguez, en la calle David G. Berlanga No. 1274 de la colonia Francisco I. Madero. Tenía 27 años de edad.

Rodríguez Campos dejó dos huérfanos, un hijo de un año nueve meses y otro de nueve meses. Luis era un gran aficionado al beisbol y a la lucha olímpica, la cual practicó durante varios años.

Este infortunado compañero tenía 10 años de laborar en Fundidora y cuatro de haber obtenido su planta. El dinero del aguinaldo que recibiría en la cercana navidad, pensaba utilizarlo precisamente en la construcción de la casa para él y su familia.

Bonifacio Espinosa Partida.- Falleció a los 44 años de edad. Era devoto católico y asistía con frecuencia a la parroquia de Cristo Rey (Villagrán y Reforma). Su distracción favorita era leer libros con temas religiosos. Por lo regular, permanecía siempre en su casa de la calle Ildefonso Vázquez No. 1813 de la colonia Francisco I. Madero, de la cual salía sólo para asistir a misa e ir a trabajar.

Al fallecer, este querido compañero dejó nueve hijos, el mayor de los cuáles tenía 22 años y también trabajaba en Fundidora, el menor tenía 4 años. También dejó dos nietos.

Al decir de la señora María de los Ángeles Almaguer, su esposo había sufrido antes dos graves accidentes en su trabajo, el último de los cuales había ocurrido hacía tres años, en el mismo departamento donde perdería la vida.

Esa navidad, como acostumbraba hacerlo año tras año, pensaba regalarles ropa, juguetes y dulces a sus hijos y nietos. Le había prometido a su inseparable compañera comprarle un nuevo juego de sala, también como regalo navideño.

Moisés Reyna Reséndiz.- Operador de la fatídica grúa, era un hombre práctico, dedicado a su hogar, metódico y con enormes deseos de progresar. En su casa tenía establecida una miscelánea, la que atendían su esposa o alguno de sus seis hijos, aunque al menor, de cuatro años, como era natural, por su corta edad poco lo dejaban intervenir.

Al decir de su mujer, la señora Elena N., en navidad pensaba iniciar la construcción del segundo piso de su casa. Era obrero de planta y tenía 16 años de trabajar en Fundidora, y 38 de edad. El pasado domingo había pensado ir, como era su costumbre, al Parque España con la familia, para luego pasar el resto del día viendo televisión en casa.

En la anterior Semana Santa tomó las primeras vacaciones de su vida, habiendo viajado con su esposa y con su hija Patricia a la ciudad de México. Ciudad a la que quería conocer "antes de morir y que creciera más la familia".

Algo andaba mal en el departamento, pues la mayor parte de los obreros no eran de planta, sino "extras" o eventuales, muy jóvenes. A la grúa, por lo visto no se le tenía mucha confianza, y Moisés había sufrido varias quemaduras, por lo cual quería cambiar de categoría. Amado García Rodríguez T-5553 estuvo en tratos para con él, pero quince días antes se desistió al ver la frecuencia de los accidentes.

Bruno Reyna Palacios.- Era muy ensimismado, tenía 29 años y cinco de trabajar en la empresa. Las cosas no iban bien económicamente en la casa, pero estaba cercana la fecha en que se le asignaría "la planta" en la Fundidora.

"Ya pronto acabarán las privaciones, ya lo verás", le decía a su esposa Yolanda Torres durante las últimas semanas, vivía con la familia de su mujer en la calle 23 de Abril No. 1605 de la colonia Francisco I. Madero y formaban un matrimonio feliz; dejó dos hijos huérfanos, el mayor de tres años y la menor de cuatro meses.

Era ferviente católico y gustaba de pasar la mayor parte del tiempo en casa. Esperaba la "planta" como aguinaldo. En apariencia todo cambiaría, pero... el destino disipó su anhelo.

Gilberto Francisco Mendoza Flores.- Tenía 28 años de edad y anhelaba instalar adecuadamente a su familia en casa propia, la cual pensaba hacer tan pronto como obtuviera la multicatada pero a la vez *vigorizante* "planta", misma que recibiría en pocos meses.

Mendoza Flores era hijo ejemplar de su familia, de la cual vivía a una puerta de distancia, en el centro de la ciudad, en la calle Mina No. 613 sur. Casado hacía apenas poco más de tres años con la señora Francisca Acosta, dejó huérfana a su hijita de dos años, Beatriz Elena, quien era su gran adoración. Quedó sin conocer a su padre, un niño que llegaría al mundo en el curso de los tres meses posteriores a la desgracia.

Gilberto era un excelente deportista; fue varias veces seleccionado para los Torneos Nacionales Juveniles de Volibol, y era también un magnífico jugador de beisbol.

Lloraron y lamentaron su muerte, además de su esposa y su adorada hijita, su inconsolable madre y sus siete hermanos, uno de los cuales también trabajaba en Fundidora.

Y lo que es la vida, a Gilberto Francisco le tocaba descanso ese sábado fatal, se había decidido a ir a trabajar por lo atractivo del pago, el famoso "doblete"¹. El viernes le había dicho a su hermano: - *"No tengo ganas de ir a jalar; pero necesito el "doblete" para la casa"*.

José Santos Rodríguez Mena.- Les había prometido a su mujer Guillermina Rodríguez y a sus dos pequeños hijos un televisor para la navidad. Tenía 23 años de edad y tres de casado. En Fundidora era eventual o "extra", pero al parecer le faltaba poco para conseguir la "planta". Ya había completado cinco años de antigüedad en la empresa.

Vivía con su padre, en una casita de madera, al fondo de la de material de su progenitor, en Morelos No. 316 Pte., Guadalupe, N.L. Había cursado hasta el tercer año de secundaria. Su sueño, como el de muchos, era construir su casa. En unión con uno de sus hermanos pagaban un

¹ En el lenguaje de los trabajadores se le llama "doblete", el presentarse a laborar en día de descanso obligatorio, pues la empresa por obligación constitucional debe entregar a los trabajadores por esos días laborados doble salario.

terreno. Su gran afición era presenciar algunos deportes y asistir con frecuencia al cine en sus días de descanso. Pensaba disfrutar de la función dominical del cine "Norma" en Guadalupe, frente a cuyo local vivía.

La muerte llegaría para impedir sus planes.

Aristeo Coronado Barrios.- Le corría el beisbol por las venas. Era hermano de dos beisbolistas. Uno de ellos el popular Edmundo "Búfalo" Coronado que militó en las filas de los "Sultanes de Monterrey", y en esa fecha (20 de noviembre) lo hacía con un equipo de Cadereyta.

Tenía 38 años de edad, y seis de trabajar en Fundidora. Era "extra" y estaba a punto de conseguir la anhelada "planta". Dejó en la orfandad a siete hijos. El mayor de doce años y el menor de nueve meses. El beisbol era el deporte de sus amores. Jugó con varios equipos de aficionados. Era jugador "llanero", pero de buena ley.

Siempre le acompañó un extraño presentimiento. Gustaba de retratarse anualmente con sus hijos cada mes de agosto, "para que guardaran un buen recuerdo de su padre", le decía a su esposa Lázara Hernández. Vivía en Mier y Noriega No. 324 sur, en Guadalupe, N.L.

Jesús Rodríguez Cantú.- Era muy joven. Tenía 24 años de edad, pero a esa edad tan temprana la muerte ya lo había señalado. Trabajó en Fundidora cinco años y jamás laboraba en días festivos, sin embargo decidió ir a "chambear" ese trágico 20 de noviembre.

Dejó una viuda y una hija de un año siete meses. La joven señora, María Eugenia Requena comentaba que ni siquiera le preparó "lonche" por la noche del viernes. A Jesús le habían liquidado su salario de la semana y como ya se dijo, no gustaba de trabajar los días festivos.

Era también "extra" o eventual, pero no faltaba mucho tiempo para conseguir su "planta", y debido a esto, veía abrirsele un futuro halagüeño, gustaba de ver deportes por la TV y visitar tanto a su familia como a la de su esposa, era buen marido, buen padre y buen hijo, vivía en Francisco J. Chavarría No. 2702, en la colonia Progreso.

Rogelio Villalón Moreno.- ¿Quién lo iba a pensar? Rogelio dejó los guantes de box por la siderurgia. Alguno de su familia le había advertido: "*El boxeo es una profesión peligrosa y muy arriesgada...*"

A los 29 años, con dos de trabajar en Fundidora, estaba por obtener su "planta", y con ella, su tranquilidad y liberación económica. Dejó una joven viuda, Leonor Guerrero, y dos hijas; la mayor de un año dos meses, la menor de tres meses.

"Para Navidad, vieja, -dijo unos días antes- O con el aguinaldo, acabaremos de pagar el terrenito que estoy abonando con mi hermano, y pronto tendremos la casita". Su domicilio era Prol. Morelos No. 2013 Ote., colonia Paraíso, Guadalupe, N.L.

"Sobre el hervir del hierro" y la pesada jornada, Rogelio se daba tiempo para ver por TV. toda pelea de box. Había participado como aficionado en los "guantes de oro", y como profesional peleó cuatro veces en diversas poblaciones del Estado.

Pero como se dijo al principio, Rogelio había dejado el oficio del boxeo "por peligroso".

Jesús Dueñas Castillo.- Uno de los ocho hijos del compañero Jesús Dueñas González, quien trabajó por más de 32 años en Fundidora, (1950-1982). Todos sus hijos nacieron en la colonia Independencia. En 1968 cambió de domicilio; calle Lic. Eugenio Castellón No. 54 en la colonia Adolfo Prieto de ciudad Guadalupe, N.L. donde reside